sólo *a posteriori,* como alegaría Canetti). No se trata, pues, de que en *Masa y poder* no exista una coherencia rigurosa y, si se quiere, científica. Pero Canetti evade deliberadamente cualquier declaración teórica y elige poner la eficacia de su libro en alguna otra parte. Las fuentes que lo alimentan no son, consecuentemente, obras teóricas. Prefiere las narraciones históricas, antropológicas, religiosas, incluso psicológicas; pero las narraciones y no las teorías. La repetición de estos relatos le da al libro un gran poder de fascinación, y la fascinación hace superflua cualquier teoría que pretenda justificarla.

Canetti comenta las historias que reproduce, es cierto, pero nunca las reduce a la exégesis que puede hacer de ellas, como si desconfiara de que la claridad de una historia pueda ser su único valor. Quizá por esto valga decir, con alguna exageración, que la coherencia de *Masa y poder* descansa más en una cualidad estilística y en una honradez narrativa que en una exigencia conceptual. No quiero sugerir, en absoluto, que el libro desmerezca como obra teórica por el hecho de poseer grandes atributos literarios; más bien lo contrario. Me parecería apenas justo que los libros de algunos antropólogos fueran considerados entre las obras que se consagran a la literatura. *Tristes trópicos de* Lévi-Strauss, por ejemplo, podría entrar, con mucho mérito, no sólo entre las obras fundamentales de la antropología sino en los manuales de literatura francesa. Lo mismo podría decirse de *Mefistófeles y el andrógino* de Mircea Eliade o, en el caso de nuestra literatura, de *Los 1001 años de la lengua española* de Antonio Alatorre.

Los atributos literarios de un libro teórico o técnico son una enorme ventaja para las teorías o técnicas de

que tratan y para los lectores que lidian con ellas. Sin embargo, esta ventaja se va disolviendo a medida que las evidencias pierden carne y sólo alcanzan un reconocimiento efectivo a través de una teoría, como evidencias de un sistema y no de un mundo.

4

Hasta aquí hemos opuesto la fascinación del relato, en *Masa y poder,* a cualquier declaración teórica. Tal vez Canetti no rechazaría del todo nuestra consideración, aunque seguramente le parecería mejor evitarla. Sin embargo, preferir la seducción al sistema no puede ser, en ningún caso, una elección inocente, y mucho menos irrelevante; sobre todo si ésta se hace en un libro que trata sobre el poder y las masas.

Abandonar los rigores sistemáticos tiene el riesgo de no permitir articular unas "evidencias" con otras y, de este modo, impedir una jerarquización, una valoración (justa o justificada) de aquellas cosas que propone. *Masa y poder* no puede exigir del lector un mismo tipo de reconocimientos todo el tiempo; a veces éstos se producen de manera más inmediata que otras, a veces no se producen en absoluto. En este último caso la falta de un sistema nos abandona al más absoluto desamparo. ¿Qué pensar de aquellos ejemplos que no reconocemos y cómo decidir si afectan o no la coherencia total de la obra?

Canetti compara la huida de una manada de venados atacada por un tigre con un sacrificio ritual donde la víctima es un hombre. En este caso las conclusiones no están del todo en nuestras manos. A falta de un sistema jerarquizador, la mera similitud entre ambos "fenómenos" se presenta como evidencia. Veamos cuáles pueden ser, según Canetti, los rasgos que nos permiten

"identificar", así sea metafóricamente, ambos ejemplos.

Un grupo de venados que se siente amenazado por un tigre cierra filas para huir. Aquellos animales que, por debilidad o por cualquier otro motivo, queden rezagados de la manada estarán más cerca de la muerte que sus compañeros. La manada huye mientras el felino no ha cobrado presa. Pero en cuanto éste derriba un venado, el peligro cesa para el resto; se detienen y prestan ya poca atención a su atacante. La muerte de uno solo de sus individuos ha alejado el peligro de los demás miembros de la manada. Porque parece ser ley de la naturaleza que el verdugo se sacie con una sola víctima.

En el sacrificio humano, según Canetti, ocurre algo similar. Una comunidad de hombres decide sacrificar a uno de sus individuos para exorcizar el peligro que se cierne sobre todos ellos.

Esta comparación puede parecer un poco exagerada. En efecto, ¿en qué sentido el peligro que representa un tigre para una manada de venados puede considerarse similar al que sienten los hombres delante de un dios? Seguramente Canetti no haría depender los sacrificios rituales de la figura de un dios, que podría ser posterior a la práctica misma del sacrificio. Pero, en todo caso, ¿se trata de un numen —ya que no de un dios— que necesita cobrar una pieza? Que esto fuera así implicaría ya un grado de simbolización que Canetti no puede considerar en la base misma de la práctica ritual del sacrificio. Él llevaría el caso a los orígenes de la civilización humana e intentaría mostrar cómo la simbolización se hizo, *a posteriori,* sobre un comportamiento que el hombre inició, cuando todavía era presa ordinaria y frecuente de algunos animales. Con esto quiero decir que Canetti apelaría seguramente a una

forma establecida naturalmente, a una suerte de "instinto de supervivencia" más que a la supervivencia misma (hablar de "instinto de supervivencia" es formalizar algo que antes no podía ser más que un hecho). Pero volvamos al sacrificio y al numen cazador.

El jaguar que adoraban los mayas, por ejemplo, estaba asociado al culto solar. Esto podría echarnos alguna luz sobre la relación entre los sacrificios solares y los animales cazadores. No obstante, ello sólo difiere un poco más la pregunta: ¿por qué, en efecto, el jaguar se asocia con el sol y no con cualquier otra cosa? ¿Qué sentido tiene decir que el sol es un cazador? Sin duda podríamos encontrar algunos rasgos metafóricos que justificaran la asimilación del jaguar al sol (ahora me vienen a la mente dos títulos de libros que aluden a esto: *El oro de los tigres* y *Sol de caza*). Sí, podríamos hallar algunos rasgos metafóricos, pero justamente metafóricos, simbólicos, alejados de las formas naturales que llamamos instinto o de cualquier otra manera.

Aun dejando de lado esta objeción podríamos preguntar: ¿qué hace que un grupo de hombres reviva, de manera cultural, una experiencia que seguramente compartió, de forma natural, con otros animales? La respuesta de Canetti es larga y difícil porque implica responder en conjunto al problema de los comportamientos de masas. Pero, resumiendo, podríamos decir que Canetti se vuelve hacia el origen de la civilización y al hombre primitivo: este hombre, dice, sólo logró sobrevivir gracias a su número y al crecimiento de su número. Su bienestar estaba fincado en la cantidad, y mientras más cantidad, más bienestar y mayor seguridad. Este fenómeno determinó, desde el principio, el comportamiento y las simbolizaciones de las

masas y a la larga, nuestra moderna confianza en el progreso. En última instancia se trata siempre, pues, de la supervivencia; es decir: del crecimiento constante y del poder que de ello se desprende. El mismo crecimiento que nos salvó la vida nos condenó al poder. Porque todo poder se funda en la supervivencia, en la permanencia y propone la invulnerabilidad y la inmortalidad del poderoso.

Que pertenecer a una masa dé seguridad a un individuo puede constatarse en el terror a ser tocado. Aunque este terror se suaviza en sociedad, un hombre que es rozado por otro en la calle siente un desagrado: se vuelve hacia quien lo rozó y le exige una disculpa. No actúa del mismo modo cuando se encuentra en una concentración masiva. El roce con otras personas no sólo no es ya una agresión sino que es una prueba de solidaridad que se busca. La masa tendrá poder mientras unos hombres se rocen con otros y encuentren seguridad en hacerlo.

5

La constante preocupación por los problemas que plantea el poder es, quizás, una característica de nuestro tiempo. Tal vez el siglo XX haya hecho del poder su tema central. Referirlo a la supervivencia no es nuevo. Antes que Canetti lo hicieron otros, como Otto Rank y Norman O. Brown. Hace siglos que el poderoso o el héroe son caracterizados como el "caballero (...) que llega de lejos, vencedor de la Muerte".

En este sentido, no es la originalidad lo que distingue a Canetti, ni siquiera un nuevo descubrimiento que pudiera agregarse a lo que ya se había dicho antes. No, lo que lo distingue es su realismo, que en este contexto vale tanto como decir su pesimismo (ningún verdadero realismo puede dejar de ser, en el fondo, un pesimismo). Pero aún más fuertemente que el realismo lo distingue una postura literaria.

6

La desesperanza cristalizada y lúcida de Canetti se apoya en una conclusión que podría extraerse fácilmente de *Masa y poder* y que, a mi manera de ver, corre el riesgo de entusiasmar a más de un conductista y a otros formalistas de escuelas diversas. La conclusión es que el poder es congénito al crecimiento como forma de supervivencia; es decir: el poder es la *forma* de supervivencia de los hombres.

Ignoro si Canetti aprobaría esta frase, pero parece desprenderse de su libro la idea de que el poder es atávico. Afirmación desesperanzadora, es cierto, pero a la vez tremendamente realista.

7

El pesimismo es siempre algo formal. Se vale de la concepción más formal de la realidad, que es el realismo, y hace de ella una base difícilmente vulnerable. Por lo demás, el pesimismo es siempre declarable. En cambio, una abierta declaración de optimismo siempre tiene algo de profesión de fe, de confiada gratuidad. Por eso resulta paradójico concluir un libro, después de casi quinientas páginas de pesimismo, con cinco o seis en las que el autor declara su optimismo y muestra una esperanza muy poco realista. Estas pocas páginas finales son equívocas como confesión de una esperanza, pero no como intención. Están allí como indicio de que la verdadera confianza de Canetti no está en ellas. La esperanza de *Masa y poder* (que no podría llegar a un cumplimiento sin dejar de ser esperanza) es lite-

raria y no por ello del todo ineficaz. *Masa y poder* es un libro masivo, pero en ningún caso autoritario; más que imponerse, seduce; busca un reconocimiento y no una verificación empírica y por lo tanto teórica (el empirismo es un postulado teórico). Así, podría decirse que en la medida en que alguien logre declarar una verdad (más que una evidencia o una constatación) repitiendo alguna de las frases de *Masa y poder*, en esa exacta medida se engañará. Lo que este libro tiene de sugestivo es todo aquello que nos deslumbra y de lo cual, sin embargo, no podemos extraer una certidumbre.

La elección literaria de *Masa y poder* no podría ser inocente. Subraya la intención de sustraerse al poder sustrayéndose a una de sus formas: la autoridad de un sistema. Pero, ¿basta con mostrar la voluntad de sustraerse? No lo sé. Evitar el poder no es algo que pueda hacerse *en realidad*. De hecho, *Masa y poder* puede ser fácilmente reducido por una u otra escuela. Lo que no puede ponerse indistintamente al servicio de ninguna escuela es aquella intención que, justamente por ser indoblegable, no puede declararse; aquella intención que es estilo.

8

La condición de supervivencia ha sido asociada a los héroes (Otto Rank, etcétera) y a la esencia misma del poder (Canetti). Sin embargo, parece formar parte también de la naturaleza de los narradores. Todo narrador es un superviviente. Podría hacer suyas las palabras de Job: "Y sólo escapé yo para daros la noticia", como hace Melville en *Moby Dick*. Luego agrega: "El drama ha terminado. ¿Por qué, pues, sale aquí uno al frente? Porque uno sobrevivió al naufragio." Las aventuras del Santo Grial terminan cuando Bors regresa a Camelot y cuenta la historia:

> *When Bors had related the adventures gone of the Holy Grial as witnessed by himself, they were written down and the record kept in the library at Salisbury, whence Master Walter Map extracted them in order to make his book (...) and with that the tale falls silent and has no more to say about the Adventures of the Holy Grial.*

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero ya no agregarían nada al hecho de que toda narración propone la historia que cuenta como de alguna manera concluida, y al narrador como testigo último de ella o como confidente del último testigo (caso de *Cumbres borrascosas* y *Frankenstein*). ¿Quiere esto decir que, en la medida en que sobrevive, el narrador no puede sustraerse al poder? Difícilmente podría sostenerse esto en el mismo sentido en que se afirma que el prestigio del sobreviviente es la base de su poder en una sociedad.

Suele decirse que la novela tuvo su origen en las grandes narraciones epopéyicas. Yo añadiría, para el caso, que lo tuvo en aquéllas donde la muerte del héroe daba pie a la celebración (*Gilgamesh*, *La Ilíada* y, más generalmente cualquier epopeya, porque sólo se canta al héroe muerto, o al menos se le canta mejor). En este sentido la narración del sobreviviente es un homenaje al héroe desaparecido y un luto que se quiere permanente. Luto en el sentido que esta palabra tenía para Confucio —como aclara Canetti en otro libro—; es decir, en el de hacer precaria la existencia.

El que sobrevive para narrar (y no para mandar) hace austera su supervivencia. Sospecho que la inclinación literaria de *Masa y poder* tiene esa intención.